



SOBREVIVIENDO AL AMOR

NO SE TRATA DE IGUALDAD, SE TRATA DE RESPETO

VSCCh

SOBREVIVIENDO AL AMOR

NO SE TRATA DE IGUALDAD, SE TRATA DE RESPETO



Primera edición: junio de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© VSCCh

ISBN: 979-13-87814-50-2

ISBN digital: 979-13-87814-51-9

Depósito legal: M-13439-2025

Editorial Adarve

c/Luis Vives, 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A las sobrevivientes,
A las que aún luchan por serlo.
A las que tuvieron el coraje de decir:
«a mí también», y a las que perdieron su voz
en el intento.
A la esperanza y al amor con que criaremos a
nuestros niños.
Porque no se trata de igualdad, se trata de respeto.*

ÍNDICE

CAPÍTULO I	11
CAPÍTULO II.....	23
CAPÍTULO III.....	37
CAPÍTULO IV	53
CAPÍTULO V.....	65
CAPÍTULO VI.....	79
CAPÍTULO VII.....	87
CAPÍTULO VIII.....	101
CAPÍTULO IX.....	109
CAPÍTULO X.....	119
CAPÍTULO XI.....	129

CAPÍTULO I

Hoy es un día de aquellos, de aquellos en los que se sabe con antelación que lo óptimo sería no levantarse de la cama. Que sí sabía todo lo que me esperaba, me cubría con la frazada hasta la punta de los pelos y a dormir, a dormir para no pensar... Para ver si en mis sueños soy otra y puedo olvidar toda esta maraña; sin embargo, estoy aquí, en el único lugar que jamás imaginé que pondría un pie.

La sola idea de este sitio me ha quebrado el ánimo. Tengo los ojos hinchados y rebosantes, caen tantas lágrimas de ellos, que no logro identificar más que un enervante ruido y tratando de descubrir qué es, alcanzo a visualizar en la blanca pared de enfrente un reloj a pila, de esos que marcan la hora con un enervante *tic tac* ¡*Deus!*... Con la poca tolerancia que les tengo, solo he podido confirmar lo que ya sabía... Hoy no debí de haber dejado la cama.

Involuntariamente esta situación evoca a la abuela, ella tenía varios de estos aparatejos por toda la casa, y todos sin distinción me martillaban los sesos, *tic tac tic tac* por donde quiera que iba, *tic tac*. ¡Qué tormento! No me quedaba de otra que ir aflojándoles las pilas a mi paso.

Pobre Avó, ni se imaginaba que era yo quien malograba sus relojes mientras ella protestaba enojada por lo poco que duraban las baterías.

Para mi mala suerte, hoy no será el caso. En mi defensa debo decir que lo intenté, le pregunté a la señora que me condujo hasta aquí si podía parar el reloj. Ella me miró como si estuviera loca de atar, posó su pesada palma en mi hombro y me dijo: «Tranquila, nena, estás a salvo, es solo un reloj» y cerró su paráfrasis extendiéndome un gran vaso con agua.

Desde ya sentí que toda esta farsa, no sería algo más significativo que un rotundo fracaso. Maldije mil y una veces a mi jefa por obligarme a venir. «...Claudia, está arreglado, a las 4:30 te espera el doctor Emanuel Cortés, en la unidad de Psicología del Hospital San Benigno, sé puntual, no tengo ánimos de darte de baja, aún me eres útil...», me dijo ella hoy antes de partir.

Las ganas que tenía de decirle que me daba de baja sola, se vieron frustradas automáticamente al recordar las facturas pendientes e infinitas de la *Vivi*, como llamo cariñosamente a mi tarjeta de crédito, creo que se vería muy mal aunque así se sienta «mi única y mejor amiga».

Divina era la *Vivi*, y digo era porque lastimosamente tuve que cortar radicalmente con su peligrosa amistad, que aparte de tóxica, me estaba llevando directo a la ruptura sistemática del autocontrol.

Una verdadera lástima nuestra relación; eso que la llevé con total dignidad hasta donde más pude. Nunca me sobrepasé con ella, nunca, nunca tuve un consumo inde-

bido o excedido, y eso que tenerla entre mis manos me producía un gran desequilibrio emocional, e ignorando el sudor en las palmas de mis manos, surgía el gran debate: comprar toda la tienda o devolverla directa al monedero ocultando su fantástico traje de plástico negro mate, además llevaba mi nombre escrito en letras doradas a todo relieve: «Claudia de Deus».

Cientos de veces me contuve de presentarla en lugares nuevos o lujosos, y los pagos los hice puntual, hasta que...

«...¿Disculpe, Claudia, la molesto?...», una voz varonil y seductora me pregunta. La respuesta es obvia, vaya que lo hace. Estaba tan concentrada odiando a mi trabajo, a Sonia y a este lugar... Seguía sin comprender qué era lo que hacía en una unidad de psicología, como si no fuese suficiente todo lo que me había pasado...

No tuve más remedio que rendirme a ese tono inquisidor, que invitaba a mirar quién era el dueño de semejante voz. Quité las manos del rostro y lo subí tomando una postura menos dramática y más femenina, lo que me dio oportunidad de observar al personaje desde los zapatos hasta la cabellera... no pude evitar girar los ojos hacia atrás y pensar: «...¡Dios mío, no puede ser», el dichoso doctor Cortés, estaba muy guapo.

Traía unos zapatos azules que inevitablemente llamaban primero a fijar los ojos, piernas largas y delgadas como un alfiler, tez morena, cabello negro y ondulado, no niego que de paso me fijé si llevaba un anillo de matrimonio en esos dedos largos y bien cuidados, parece que

el doctorcito se hacía manicura... ¡Ah! Acto seguido me avergoncé de mí misma... Hace unas semanas supuestamente casi pierdo la vida a causa de mi ex, y en menos de un segundo de conocer a este señor, ya había elaborado en mi cabeza la historia de amor más fugaz. Se sabe que en muchos de los casos, un anillo en el dedo no representa ningún respaldo de valores, o impedimentos... pensé desvergonzadamente.

Tal vez Sonia tenía razón. Lo más prudente era que me destapara la cabeza y pusiera en orden el caos que me abrumba. Es inminente, no puedo seguir así.

Tuve que recordar por qué estoy aquí. Específicamente, cuando empecé a preguntarme qué tan fácil sería mentirle al especialista y escapar de esta incómoda situación.

Tenía que pensar en una historia rápida, una que me ayudara a no sentirme humillada, bueno, al menos, menos humillada de lo que me venía sintiendo hace un tiempo.

El espacio es amplio, de calidez más bien escasa, lo que menos encuentro es calma, y peor con ese *tic tac* incesante en mi oído. El sillón, quién lo diría... el sillón es exactamente como lo había visto en las pelis, nunca me imaginé que en la vida real los utilizaban, y mucho menos, que un día iba a ser yo misma quien se recostara en uno de ellos.

Nulo es el crédito que les he dado a los psicólogos. Me cala hondo el haber llegado hasta aquí, solo para escuchar decir a este apuesto caballero: «...Muy bien, lo entiendo, pero sería más fácil si me da otro tipo de pista, Claudia. Confíe en mí, estamos para ayudarle a no ser que usted

deseo que su caso se remita directo a Psiquiatría...». Bla, bla, bla.

El doctor no terminaba de hablar y rompí en un llanto desconsolado. Mi historia de estrés laboral y de compras compulsivas que me han llevado literalmente a la bancarrota, no surtieron efecto. Espero que el reemplazar el origen de esta odisea, no se refleje en mi historia clínica además como mentirosa y patética.

Él me miró tiernamente, lo cual solo hacía que las cosas fueran peor; con un pañuelito en su mano me dijo: «Tómese su tiempo, nos vemos el jueves que viene a la misma hora». Abandonó el consultorio al ritmo de los tacos azules, para que yo pudiera volver a recostarme, y seguir llorando histéricamente.

La señora que me dio agua cuando llegué, entró nuevamente: «...Siéntete cómoda, por hoy no vienen más pacientes. ¡Ah sí! A las 6 cerramos...».

No me gustó la forma en cómo me lo dijo, o como diría Kiko: «estoy hipersensible y todo me suena mal». Sus palabras lograron enfadarme, lo que fue bueno porque salté de ese sillón infame, me limpié las lágrimas y los mocos con el pañuelito ese que dejó el psicólogo, y le dije: «...No hace falta, doña, he terminado...» y salí a seguir llorando como María Magdalena, por las calles de Madrid.

El consuelo me espera en casa, así como como todos los días al final de cada jornada. La *Mili*, que me espera infaltable detrás de la puerta. De seguro tiene hambre, pero quién hubiera sabido que hoy, sería un día de aquellos...

No solo está famélica, está desesperada. Poniéndole más atención de lo habitual, pude notar que es a causa de su cascabel, el que por cierto me costó un ojo de la cara.

No me había dado cuenta de que hace un ruido insoportable... Se lo he quitado de inmediato, me asusta lo insensible que estoy... ¡Cómo es posible que no lo haya notado antes!...

Pobrecilla mía, se aguantó tres semanas con él, me siento mal y no paro de pensar que esta maldad es el equivalente a que la doña del consultorio me atara un cucú suizo en la cabeza.

Sirviendo la comida a mi adorable felina, recordé que aún conservo la factura del cascabel, se me ha ocurrido devolverlo de inmediato, lo que me ha motivado a buscar más recibos en todas esas fundas y cajas sin abrir, que forman una desordenada columna desde el pie de la cama hasta el baño.

Con seguridad, no necesito nada absolutamente nada de lo que se encuentra en ellas, debo ser fuerte, debo volver a ser yo... Bueno, al menos para esto ha servido ir a visitar hoy al doctor Cortés.

Se me ha ocurrido que si me pongo al día con la tarjeta de crédito, me doy de baja sola, busco otro empleo y listo. No habrá necesidad de desenterrar ningún muerto.

Mañana mismo empiezo a devolver todos estos objetos absurdos, voy directa a la cama sin comer, lo único que me apetece es chocolate, pero también es hora de que controle mi peso, los últimos meses lo único que he hecho es comer dulces y se nota...

Es que me miro en el espejo y no me reconozco, me veo tan mal, que hasta se me quitan las ganas de limpiarme el rostro.

El escape a tanto descuido es correr a mi lecho, ese mágico lugar donde puedo cerrar los ojos, y relegar el verismo de mi karma al más allá. Además, la *Mili* ya está instalada esperándome sin quejas ni reclamos, toda ella reluciente... al menos alguien luce bien en esta casa.

Mi chiquita, junto con la *Vivi* fueron la anestesia que me dio algo de coraje para seguir. Me gusta que se vea impecable, parece mentira que la encontré hace tan solo unos meses, diminuta y vagabunda en el basurero.

Como cada noche antes de que Morfeo venga al rescate, reviso el celular a ver qué cosas nuevas publican en las redes, a las que he vuelto después de que mi ex me obligara a borrarlas todas. Me distraigo mirando publicaciones de arte, de moda y páginas de cocina, especialmente esas donde muestran fotos criminales de tortas y dulces maravillosos.

El placer de cocinas ha desaparecido en mí, honestamente me siento incapaz de preparar cualquiera de esas recetas, total mientras la *Mili* coma es suficiente... Y qué decir de la moda, la única que me sirve son los zapatos y pantalones deportivos que llevo a diario, incluso a al trabajo... A propósito del memo que recibí hoy en la oficina, haciéndome una cordial invitación a vestir más acorde con mi oficio.

Entre un anuncio y otro veo que Sonia me ha llamado doscientas mil veces, ha dejado un mensaje: «Almorza-

mos mañana a las 14:00, en el restaurante donde venden la sopa de legumbres que te gusta». No le responderé ahora, son las nueve de la noche y me sabe mal hacerlo. Elegiré qué ropa llevar mañana, una más acorde a mi profesión, como dice la nota.

Me haría falta uno de esos vestidos, esos que tenía y que tuve que dejar, tal vez si le cuento a la de recursos humanos que visto así porque cuando hui de casa tuve que dejar toda mi ropa, y con ella todo el ánimo de vestir bien. Ni modo, ¡qué importa ya!, qué sentido tiene, he comprado de sobra como para volver a empezar a armar mi tan añorado closet, pero me faltan las ganas. Como bien dicen por allí: lo material se recupera, la paz no.

«Claudia, qué bien te ves», me dijo una compañera al llegar a la oficina esta mañana. Seguro, si me han visto por meses con la cara lavada y ropa deportiva, hoy, que llevo un vestido corto y floreado, similar a esos que a Kiko no le gustaba que use, mis colegas se sorprenderán.

Pero es un embuste... Sé lo que veo. Estoy gorda y demacrada, mis ojos se pierden entre la tristeza de mis párpados. Ni modo, ya vi que no moriré en breve, así que tendré que fingir estar bien y segura de mí misma hasta que genuinamente tenga el valor de recuperarme, y cuando me mire en el espejo vuelva a ver a mi amada yo.

Sonia me ha enviado un texto para recordarme nuestra cita, cuando llegué al restaurante se puso de pie y me dio un abrazo gigante, de esos que no esperas recibir, más claro, de esos que no quieres recibir porque sabes que te quiebran el alma... En efecto, me hizo llorar, pero

fingí no hacerlo; ella que es muy inteligente lo notó enseguida, pero también fingió no hacerlo:

—Vaya, Claudiña, si sabía que el psicólogo te hace tan bien, te enviaba antes, te ves estupenda.

La miré con cara de negación y frunciendo intensamente el entrecejo le dije:

—¡Qué psicólogo ni qué nada! El memo de recursos humanos, querida, es que parece que toda la oficina ha armado un complot en contra mía.

—Salud por los de recursos humanos entonces — concluyó Sonia irónicamente.

Me hizo bien que almorzáramos juntas. Sonia es una jefa estricta, yo diría que me la gané a punta de eficiencia, hasta que su mejor alternativa fue adorarme y hacer buen uso de la *trabajólica* que en mí habita.

Ahora que las cosas en mi vida van tomando un nuevo rumbo, hemos vuelto a ser confidentes, digo nuevamente porque obvio, que fue mi ex esposo el que se encargó de aislarme sutilmente, hasta que no me quedará ni un solo amigo a mi alrededor y perdiera la expectativa de confiar, hasta en mis propios familiares.

¡Es que no entiendo!, ¿cómo lo hizo?... Cómo fue que me recluyó por completo, cómo hizo para que mi mundo entero se convirtiera en él y nada más que él. Me conviene seguir los consejos de mi jefa, debo sacarle el mejor provecho a las citas con el doctorcito.

Además, a partir del infame incidente, Sonia ha sido dura conmigo, pero creo que es lo necesario. Tal parece como si la burda calamidad de lo que fue mi matrimo-

nio, y sus consecuencias, la han conmovido de inusual manera.

Se ha tomado mi caso muy personal, me ha regañado como a una niña pequeña... Me ha dicho que deje la soberbia, que con suerte escapé de morir, pero que tenga en cuenta que la depre es traicionera, que te lleva de la mano por un caminito directo hacia al abismo, y que si no pongo de parte, no escapo...

Me ha convencido también de que debo seguir fingiendo que todo está bien, hasta que realmente lo esté... Que deje los chocolates de una buena vez... bueno, esto no lo ha dicho ella, lo digo yo, y es que tanta azúcar me está arruinando el rostro, y con seguridad el cerebro también, ¡lo puedo sentir! Lo peor es que me parece irreal descartarlos de mi vivir diario. ¡Ahora simplemente no puedo!

Sonia se ha convertido sin querer en una especie de hermana mayor, se puso contenta cuando le comenté que devolvería algunas de las cosas que compré impulsivamente y sin necesidad, que me he propuesto empezar a ponerme al día con la tarjeta, para dar fe de ello le encargué a la *Vivi*, poniendo así en pausa a las compras innecesarias.

Le pedí que no me la dé, a no ser por un acontecimiento especial, como lo fue la cuenta del hospital, cuando ocurrió aquel molesto infortunio.

¡Qué coraje! Que coraje me da que no haya sido capaz de controlar mis emociones y terminar creando esta terrible situación. Lo más probable es que pedía

ayuda a gritos y no sabía cómo pedirla; ahora heme aquí, intentando mentir al Cortés y a todos los demás, incluso a mí misma.

Al menos tengo a la *Mili*, seguro ella piensa que soy genial, bueno, al menos así quiero creerlo. Van a ser unos meses duros con el dinero, es que no puedo creer que ni siquiera recuerde cuando compré tanto.

Al salir del trabajo, empecé por devolver las cosas más chicas y un sorprendente bienestar se gestó en mi interior, mañana llevaré los paquetes más grandes. Devolver las cosas me ha dado algo de poder sobre mí misma, por ahora todo lo que quiero es ir a casa y esconderme en ese remanso de paz, que solo existe bajo mis cobijas.

Al llegar a casa he notado que la *Mili* está menos inquieta, seguro se siente aliviada de no llevar el cascabel en el cuello. Me ha hecho reflexionar sobre mí misma y la relación con mi ex; me ha hecho darme cuenta de que yo también llevé durante años unos terribles cascabeles en el cuello, y que por más que hacían un estruendoso ruido, no fui capaz de escucharlos.

¡Qué difícil es aceptar que las cosas no están bien! Cuando en lo profundo de nuestros corazones soñamos lo opuesto... Qué difícil es enamorarse de un espejismo y obsesionarnos en construir un futuro con él.

CAPÍTULO II

He llegado diez minutos antes a la cita con mi bello doctor, la doña me ha mirado de pies a cabeza como si no me reconociera, la saludé por su nombre: «Camila Hernández», así como se lee en la placa:

—Hola, Camila.

Me senté a esperar, son aburridas las salas de espera de los psicólogos, no hay revistas ni nada bueno para entretenerse.

—Hola, nena. ¿Te puedo ofrecer un café?

Titubeo un poco... Normal que el café me gusta con locura, pero debo confesar que siento miedo de que por tomarlo, hable más de la cuenta como normalmente ocurre. Hoy no me entusiasma la idea de que el Cortés descubra esta debilidad, y hábilmente se aproveche de ello.

—¿Tienes manzanilla?

Le pregunté percatándome de que aparentemente este señor es especialista en hacer llorar a sus pacientes, porque al abrirse la puerta de su oficina, he podido escuchar una tremenda rabieta. No logro identificar si es hombre o mujer, parecería tratarse de alguien muy joven eso sí...

al terminar su turno se ha ido por la puerta de atrás.

Lo han pensado bien, si te descompones en la terapia y lloras como un descosido, existe la alternativa de salir por la puerta trasera, nadie tiene que verte, y lo más importante, tú no tienes que ver a nadie.

—Hola, Claudia, bienvenida.

Aparece de la nada el autor de los desconuelos, con ese look que parece actor de telenovela árabe, podría jurar que todos sus pacientes se enamoran de él. Como la historia que contó Cintia, mi compañera de macramé, acerca del médico residente que conoció en el hospital cuando le pilló la viruela.

La Cintia se enamoró de él y me acordé de esta historia, porque me parece que a la par estudiaba Psicología.

Mi amiga decía que este chico era listo, que tal vez esta era la razón por la cual el jefe le había dado ciertas atribuciones. Cintia descubrió en los meses posteriores que este personaje tenía muy buen pegue con las chicas, y valiéndose de sus atribuciones jerárquicas hacía que todas se enamoraran de él, incluidas sus propias compañeras, es más, había el rumor que dos de ellas se habían agredido física y verbalmente en la entrada del hospital frente a todo el mundo, por causa suya.

En todo caso, el Cortés sí que está bueno, o seré yo y mi patética necesidad de ser poseída, quién sabe, o, ¿será verdaderamente que estos especialistas aprenden a manipular nuestros pensamientos y nos seducen haciéndonos endebles a sus encantos? Nos dan un suero de la verdad y listo, caso cerrado... Después de lo que viví con mi ex, firmo que todo, todo es posible.

—Gracias.

Le digo con una falsa seriedad, como si no fuese yo la misma persona que rezumó sobre su sillón desconsolada, la última vez que estuve aquí. A continuación, el doctorcito empieza la sesión con la peor pregunta que me pueden hacer cuando me siento derrotada:

—¿Cómo está, Claudia?

Lo dijo con un carisma algo chocante para mi gusto, por lo que le que respondí secamente:

—Bien.

—Qué gusto me da escucharlo, venga vamos a comenzar. Claudia, si a usted le parece, vamos a optar por un tipo de terapia que se basa en ejercicios respiratorios que inducen a la reflexión.

—Sí, claro.

—Bien, por favor, póngase cómoda, cierre los ojos, respire profundamente y lleve por su nariz todo el aire que sea capaz... Luego exhale como si al hacerlo, quisiera vaciar todo lo que lleva dentro.

Dios mío... ¿Pero este tipo me está hablando en serio? Justo lo que me faltaba, respirar hondo, y lo peor es que a consecuencia del papelón que hice aquí la última vez, tendré que aportar en estos encuentros sobriamente, quién sabe, como dijo Sonia: «sacarle provecho para aprender algo».

Menos mal que en alguna noche de insomnio, había visto en internet algunos tutoriales de aeróbicos, en donde te enseñan a manejar la respiración... Respiré lo más elegante que pude y...

Nuevamente me interrumpe el psicólogo con esa dicción, que ya empieza a sonar fastidiosa en mis oídos:

—Claudia, por favor, respire como si esta fuera la última vez que va a respirar, intente sentirlo.

Qué rabia!, empecé a respirar tal como lo indicó, hasta que finalmente le escuché decir:

—Así es, por favor no se detenga, continúe...

Ahora lo veo, es mejor respirar y no hablar. Me parece que transcurrieron unos diez minutos o quizás más, entre aliento y aliento me perdí dentro de mi turbulento ser, y a pesar de que sentía un desacostumbrado alivio, quise fijarme en la hora. ¡Necesito saber qué hora es!

Abrí los ojos, vaya sorpresa, el reloj ya no está, miré de reojo buscándolo, pero fue en vano. No insistí, con razón algo se sentía más ligero en el consultorio. Se me ocurre que la doña fue con el chisme al doctor y le contó que la vez anterior quise sacarle las pilas.

Me conmovió que el reloj ya no estuviera. Me sentí importante y acogida, una batalla menos para mi pobre cerebro dentro de esta tediosa terapia. Es insospechado como un detalle tan pequeño, puede marcar una diferencia tan grande.

Saboreando el triunfo de una pequeña conquista, sentí que mis músculos se relajaban y sin desearlo siquiera, quedé atrapada en la respiración. Ya no quiero hablar, son demasiadas las cosas que me carcomen por dentro, simplemente deploro al analizarlas... Me aferro al aire que entra y sale de mí, la respiración me contiene... No quiero deshacerme nuevamente en la consulta...

—Perfecto, Claudia, respire tranquilamente. En el caso de que tenga alguna pregunta, estaré aquí escuchándola con atención.

¿Qué?... Acaso este señor podía imaginarse el millón de preguntas que me machacan la cabeza y que no encuentran el camino hacia la luz; porque al intentar formularlas me parece que son tontas, o carecen de sentido... en fin...

De tanta concentración parece que floto o duermo, y en lo más profundo de mi letargo, escucho esa voz hechicera que susurra suavemente cerca de mí:

—Muy bien, Claudia, hemos terminado por hoy.

Abrí los ojos de golpe, por segundos no supe ni dónde estaba. Efectivamente me había quedado dormida tan a gusto, que ni yo misma lo podía creer, miré al doctor, sin decir nada empecé a acomodarme para dejar el consultorio, cuando nuevamente escuché esa voz embriagante:

—Claudia, antes de que se vaya, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro, doctor.

—¿Cómo está?

Suspiré y mirándole directamente a los ojos le dije:

—Pésimo... lo único que quiero es morir.

Él solo sonrió, sonrió victoriosamente, con su jueguito de respira así y respira asá, logró su cometido. Le respondí exactamente como él lo esperaba, y mirándome con ojitos primorosos acotó:

—Bueno, intente mantenerse con vida hasta la próxima semana. Será un gusto volver a verla.

Ahora me causaba gracia, ¡el Cortés me está coqueteando o qué! Me di la media vuelta, salí sonriente sin despedirme, y salí por la puerta de enfrente. Esas son las ventajas de ser la última paciente, no tiene sentido huir por la puerta de atrás. Camila me miró y sonrió también...

Me alejaba recordando al residente, ese que estudiaba psicología y enamoraba a todas. Y no solo el gigo-ló residente recurre a mis pensamientos, también estoy pensando si es verdad eso de que uno atrae lo que uno es, porque de ser así, entonces sí que estoy loca de atar y tengo que empezar por buscar una cura.

Si hay de algo de lo que estoy segura, es de que no quiero volver a involucrarme en lo que me queda de vida con un machito manipulador.

Lástima, que el mundo está tan lleno de ellos y son tan buenos mentirosos, que hasta pasan desapercibidos. Qué golpazo me ha dado la vida. ¡A mí!, que creía que me las sabía todas.

Salí de casa a los 16, no había ni Dios ni ley que pudiera ponerme una regla. Recuerdo cuando fui a Ibiza sola, no era la primera vez, bueno sola sí; a los 15 me había ido con un grupo de amigos y una mentira en la casa.

Mi padre siempre me ha consentido en todo, pero estoy segura de que a los 15, ni acompañada de San Pedro, me daba permiso para ir a las islas pitiusas.

Ibiza, Ibiza... ¡cómo olvidarla! Hasta conseguir empleo se me hizo tan fácil, puede ser que la libertad que me dio mi madre al crecer, me haya hecho madurar más

rápido, y que gracias a eso, en mi aspecto físico me veía como más adulta.

Mi madre nació y quedó huérfana en Brasil, descendiente de alemanes huidos de la guerra. Mi padre es mulato, tiene ojos turquesa más bonitos que el mismo mar. Hijo de diplomático, fue gracias a su padre o más bien dicho a mi abuelo, que nuestras vidas cambiaron de rumbo cuando la misión diplomática lo envió a Barcelona con toda la familia.

Mis padres ya eran novios, mamá no concebía la idea de que mi padre la dejara. Con tan solo 17 años vino detrás de él y se casaron cuanto antes. Cuando papá terminó la facultad de Periodismo, decidieron radicarse en este país.

Mi viaje a las islas no les causó sorpresa, ni tampoco me pusieron obstáculos cuando les dije que quería ser independiente. Mamá, que es liberal, o al menos lo aparenta, estaba feliz de que lo hiciera, que empezara a buscarme la vida por mí misma y no por ir detrás de un hombre; aunque debo admitir que en el trabajo como anfitriona de un yate, conocí a muchos de todas las edades y, no lo niego, recibí propuestas descabelladas, sin importar edad ni límites. Los días que tenía libre, me dedicaba a las ventas informales. Amé mi libertad con un amor desbordante, y me juré a mí misma no poner jamás un pie en una oficina, menos tener un jefe.

¿Pero cuándo la joven, alegre y chistosa Claudia se hubiese imaginado que terminaría casándose con el ogro del cuento y siendo *community manager* en una importante multinacional?... ¡Cuándo!

¡Jal... Tengo la figura vívida del día en que me presenté a la entrevista, definitivamente un día para recordar. Fue la mismísima Sonia quien me recibió, me echó un vistazo de pies a cabeza, y suspiró disimuladamente evitando que me diera cuenta, pero no le funcionó.

«Claudiña», me llamó simpáticamente, así como para romper el hielo, y comenzar con la entrevista hablando acerca de mis raíces brasucas. Con cero experiencia y toda la confianza del mundo, la convencí de que era capaz para realizar el trabajo. No obstante, hasta la fecha me queda la duda, ¿De verdad creyó en mí? O simplemente estaba desesperada porque le hacía falta personal.

Sea cual fuera la causa, el trabajo es genial, solo que aparte de Sonia, nunca intenté socializar con alguien más, o mejor dicho, Kiko nunca me dejó el espacio disponible para hacerlo; considerando de que si por desgracia, en vez de Sonia, me tocaba un jefe varón, la carta de renuncia se hubiese presentado en menos de un mes.

Siendo más objetiva, la burbuja del amor empezó a deteriorarse cuando conseguí este empleo y el sueldo empezó siendo relativamente mejor que el de mi ex.

Claro, al principio mi pareja estaba feliz y orgulloso, hasta que un día algo insólito sucedió, bueno insólito para él, no para mí, es que estaba tan concentrada en aprender mi nuevo oficio que dejé el teléfono en silencio, y no me di cuenta de las cientos de llamadas que Kiko me había hecho.

Para mí, lo normal... sumirme en lo que hago y olvidarme de que todo lo demás existe, hasta el mismo

teléfono se vuelve prescindible. Para él, una ofensa grave, gravísima, nunca lo vi tan furioso, me dijo que debía comprender que en esta ciudad éramos los dos y nadie más que los dos; que esto no podía volver a pasar; que si por desgracia algo le llegaba a suceder, yo era la única persona a la que él podía acudir; que qué tal si tenía un accidente y yo no estaba disponible; que se sentía decepcionado y que no podía confiar más en mí.

Un fiel episodio de adolescentes enamorados. Por alguna razón él siempre me convencía de que tenía la razón, y el convencimiento era absoluto. Vi con total sensatez cada una de las apreciaciones que él hizo en situaciones similares a lo largo de nuestra relación. Eso sí, no estaba de acuerdo con el enojo, los gritos y los manotazos en la mesa, pero le resté importancia acreditándoles a su fuerte temperamento.

A partir de ese día, nunca fallé a un mensaje o llamada suya, me dispuse a no decepcionarlo nuevamente, a su vez el empezó a venir cada día a la hora del almuerzo, con la excusa de que tomaba un poco de aire, mis colegas lo encontraban... «¡Tan romántico!».

No llevaba ni dos semanas en la empresa, las chicas me dijeron que los viernes comían todas juntas en el restaurante de la esquina. Ese fue el primer y último viernes que recibí una invitación de parte de mis compañeras para reunirnos: «...Pero qué dices, no lo puedo creer, que divino, se ve que te adora. Bien podría quedarse con los amigos por allí...», exclamaron ellas cuando les dije que mi esposo venía para comer conmigo.

Lo quise creer también, él decía que quería pasar más tiempo junto a mí, pero las cosas solo se ponían cada vez más intensas. Normalmente nos encontrábamos en un parque detrás de la oficina, si algo me detenía y llegaba unos minutos con retraso, la rabieta aquella de no haberle contestado alguna vez el teléfono, se multiplicaba exponencialmente.

Fue abrumador, a veces me sigo cuestionando cómo fue que se metió en mi cabeza y cómo poco a poco empecé a funcionar normalmente según su voluntad.

Quién lo diría, cuando nos conocimos ni siquiera intercambiamos el número de teléfono, por varios días nos encontramos sin previo aviso, bueno, eso pensé, y en mi estupidez no hice más que atribuirle tanta coincidencia al destino.

Pobrecita Claudia, tan ingenua, queriendo creer que el príncipe azul había llegado y que estaba todo escrito en las estrellas... En las estrellas de Mordor, seguramente.

Quise creer que éramos el uno para el otro, que no existía impedimento para vernos... ¡Pues no! Resulta que mi Kiko la tenía recontrolada, sabía perfectamente hasta cuándo podíamos seguir, sin intercambiar mayores detalles.

Su nombre era Natalia, la conocí en uno de mis viajes, cuando mi estado civil gritaba libre como el viento, la Nati y yo hicimos *click* de inmediato y quedamos de amigas cuando supimos que ambas vivíamos en Barcelona.

La Nati me hace una invitación, dice que vendrán sus colegas de Madrid, que si me quiero juntar con ellos para ir por unos tragos en la noche.

Con eso de que hace tiempo no nos veíamos, decidí pasar por su casa un poco antes y ponernos al corriente, ella me habló con especial énfasis de uno de sus colegas, Iván, mientras ella lo describe, tuve la premonición de que algo pasaría entre él y yo, y reí de mí. «Ay, Clau, *que boba eu so*», como dice mi Avó, pues ni siquiera lo había visto.

Cuando llamaron a la puerta, estaba en el tocador, las manos me sudaban y el alma se me salía del cuerpo como si fuese a subir en la montaña rusa más alta, podría haber sido cualquier persona, pero mi corazón no paraba, él sabía que era mi azar quien tocaba a la puerta y empecé a sentirme ansiosa por salir a conocerlo.

Cuando entré en el living, recibí un flechazo directo, amor a primera vista o como se le llame, de lo único que estoy segura, es que nunca me pasó antes... El tan esperado sujeto, está más bonito de lo que me imagine, no creo que llegue a los 40, sin embargo, tiene el pelo gris y canoso, tez blanca, ojos claros y una boca enloquecedora. De espalda ancha, así como me gusta, parecería que se ejercita... Extendiendo su mano tosca, me saludó con un firme apretón de manos:

—Iván Castañeda es mi nombre, pero puedes decirme Kiko.

Después de la reunión en la casa de la Nati, nos vimos cada día al término de su jornada laboral, cuando todos sus colegas se retiraron a descansar. Aprovechamos para visitar mis lugares favoritos en Barcelona, él había venido un par de veces antes, pero no la conocía en detalle.

Al aproximarse su regreso, inevitablemente tuvo que preguntar por mi número. Él era el jefe en Madrid y de lo que pude ver, su equipo lo quería y lo admiraba, lo que me daba esas falsas garantías que todas queremos tener cuando conocemos a alguien que nos gusta.

La despedida fue terrible, como si fuésemos novios ya hace mil años, y que ya no podíamos vivir el uno sin el otro:

—Clau, ¿cuándo vienes a verme?

—¿Y eso? ¿Es que tú no vendrás más?

—Se me complica, Clau, no te dije que vivo en una granja, tengo que cuidar de los animales, esta ocasión fue un tema laboral extremo.

—No sé, lo vamos viendo.

—Te espero ayer en Madrid, lo vas a amar y a mis caballos también.

Se pueden imaginar el efecto que causaron esas palabras en la niña, que por apodo llevaba *pequeño pony*. Desde el inicio todo entre nosotros fue fuera de lo común, el primer beso llegó minutos antes de que tomara su vuelo de regreso a la capital, pese a que la energía entre ambos era intensa cuando estábamos juntos.

Empezamos intercambiando mensajes de texto, que se convirtieron en largas llamadas telefónicas... y a los quince días ya estaba empacando mis valijas al unísono de los gritos de Natalia:

—¡Qué bien! Lo sabía, es que se nota a leguas la buena vibra que se tienen, que emoción, me escribes cuando llegues, me lo cuentas todo...

Casualmente estaba buscando mercado para las lámparas de papel reciclado que hacía, por cierto unas muy bonitas y sofisticadas. A la par llevaba un blog y redes sociales para su promoción. Mi objetivo era que se convirtieran en un producto de lujo y venderlas en tiendas exclusivas por toda España.

Guardaba la ropa en las maletas afirmando que nada podía salir mal, son tan solo un par de días, pensé, y si por último el Kiko se pone tonto, aprovecharía del viaje para buscar tiendas que quieran vender mis productos.

¡Pobrecita Claudia!, tan ingenua... siempre pensando que me las sé todas, que podré sacarle partido a cualquier situación. Menos mal que con los golpes he aprendido que está bien ser optimista, sí, es correcto mirar el lado positivo de las cosas, pero a sí mismo he aprendido que hay situaciones que son tan invivibles, que lo único que ameritan es nuestra plena ausencia.

